

El río hondo aquí

Elizabeth Schön

Poesía



Editorial Diosa Blanca

Del río hondo aquí

*“El gran Tao es río que se divide para volver luego a juntarse
Se divide de izquierda a derecha
Los diez mil seres viven de Él y Él a nadie se niega
Obra y no pregona su obra
Viste y nutre los diez mil seres y no se enseñorea de ellos
Su perpetua falta de ambición lo hace parecer pequeño
Pero al no enseñorearse de ellos, los diez mil seres vuelven a Él y se hace
grande”.*

Capítulo 34 del Tao Te Ching

Yo estoy aquí, en el borde. Cierro los ojos y las puertas para empezar a ver la hondura del río, su profundidad oscuramente luminosa y secreta. Mas, ¿cómo conocer su rostro en este aquí, cómo saber si ese presentido rostro es el de *ella* –su esencia-, cuándo aún no alcanzo a tocar su *centro oscuro, primigenio, de necesidad y empuje?*, ¿cómo penetrar en su cuerpo doble de aguas fluidas que son y no son, que expresan toda la posibilidad universal y al mismo tiempo el flujo y reflujo de las formas?. Quién es este río que en su hondura contiene de manera co-idéntica la fuerza abstracta y la fuerza conformante, la materia pura y la materia visible, la energía y la forma, lo intemporal y aquello que viaja con el tiempo, y a *ella* que con su aliento vital penetra al mundo con su infinita alternancia?. Y dónde está, dónde comienza y termina este río?. Aguas que corren hacia todos los horizontes posibles e imposibles abajo, e igualmente río arriba con sus aguas purificadoras que caen, aguas cambiantes, claras, turbias, sin perfiles, anchas, iridiscentes, arremansadas hacia lo permanente. Pero es aquí, ahora, sobre ese mismo río, donde *las pupilas entran para cerrarse... y descubrir.*

Y descubrimos a Ulises, lanzando sus anclas hacia lo más hondo de las aguas y a sus proas iluminadas por el tejido cósmico de Andrómeda, la tejedora de arriba, la que gira mostrándole el camino, haciéndole la piel combatiente. Símbolo de un hombre que con su fuerza de hombre trata de remontar la fuerza más allá del río –*la fuerza del río está en su hondura*-, perdiendo el cuenco para ser arrastrado por las aguas. Luego, la pérdida de las aguas será sustituida por el amor y la del amor por la mirada. Comprender con el alma mirando al río que es un árbol y una vez perdido todo, iniciar la Gran Búsqueda: **la renuncia de las flores, por el corazón del primer fruto**. Fruto que por contener la semilla, porta también en su centro la abundancia desbordada de los orígenes.

Decido entonces desde aquí, zambullirme en el río, olvidar la otra orilla, la ribera opuesta. Para hacerlo, mojo primero las manos en sus aguas y escojo el lugar arremansado donde nacen las espumas, posando el pie en el primer peldaño de las aguas, de la corriente, hacia el principio, hacia el Ser, *o ese árbol que de tantos frutos se va inclinando hasta rozar las aguas*.

Peldaño este, bullicioso, más suave y limpio... amor de las aguas dejando a la raíz llegar al fruto hasta alcanzar los cielos, doblemente cielos grandes, pequeños... fruto este que al descender, arrastra el rastro del origen. Y yo, el zambullidor, abro entonces los ojos a la hondura dejándome arrastrar por el blanco levantamiento de la corriente... y hay tanta inmensidad para decir que algo se alcanzó. Una cáscara se abre donde la corriente va y la raíz empieza. Empiezo el ascenso, abriendo también esta otra puerta dispuesta a abrirse sin más prisa que la que se pone al amar y seguir, para escalar el río. Pisar con el alma encendida cada peldaño de él, que siempre es igual a lo que nunca concluye... y el peldaño, salto de agua, espacio, irrupción, pie y empuje en amor de hombre y ala, entendiendo que si se quiere tocar la hondura primaria del principio, es imprescindible el vínculo entre los empujes acuáticos, yendo, retornando y la piel blancamente dócil de toda pulpa, límite o corazón de alma.

Y esto es lo que los ojos miraron: Primero la hondura, un eterno umbral sin nombre, lo invisible, lo inmutable, una oscura-luminosa-soledad en calma perpetua, el abismo, el vacío, la oquedad, la nada. Pero, ¿qué es lo que hace irrumpir este fluir de la vida y de la muerte? Qué desdoblamiento es este que penetra la existencia con su doble hilo oro-azul, este anverso y su reverso, este ascenso y descenso. El amor supremo es como el agua, como el río y en su centro ella con su vientre lleno de realidades. Y he aquí que el río pierde su alta trascendencia y se hace inmanente al mundo, al hombre, carne de su carne y hueso de sus huesos. El río es también entonces la madre, la madre del mundo, la hembra misteriosa. Este río que se entrega, se abre, se divide de izquierda a derecha en infinitos arroyos que volverán de nuevo y siempre al cause materno.

El río es la vida de los seres como *“El verbo que es vida y luz para todo hombre que ha venido al mundo”*. Mas no el verbo de San Juan que es revelado por un Dios trascendente, inasible, innombrable, inalcanzable. No ha sido el hombre quien desprendido de su cuerpo, de su aquí, de su ahora, inicie el vuelo para que su alma y sólo su alma se una con lo trascendente del ser, más allá de su entendimiento, de lo explicable. Es el río quien ha renunciado a la absoluta quietud de su inalcanzable trascendencia, para venir al mundo y aflorar en él, fluir con la vida, la existencia a través de la duración de esa vida, madurar y hacerse fruto para permanecer entre nosotros. El río es vida aquí, ahora. Vida cuya única revelación es aquello visible a la superficie, *La fugacidad del relámpago, el tiempo de un fruto, la paciencia húmeda del secreto, la oscilación de un ir hacia el ocre rojo del retorno, la carga del fuego, la vendimia de rostros escarpados junto a miradas enterradas entre redes, radas y escalones desolados, la mudez de lo lejano, cercano, el esplendor de los pinos siempre en pos de un luego arriba y seguir, la sombra del peso, la carga de la paz, lo intemporal con su piel de agua, el viento, la lluvia y la espuma que riega plena de lo huidizo, entre el martillo del relámpago y el fruto que se va estableciendo.*

La hondura del río aquí, en la espuma de su orilla. Fue entonces cuando vi también con mi cuerpo, a lo fértil de lo pasajero hacerse campo

de raíces permanentes y al torrente del río que nunca se separa, dejar a la raíz regresar a través del fruto para alcanzar mis labios. Y si me tocara describir la permanencia, diría como la poeta: *“Línea de lenta paciencia... rostro, huella, pálpitos cargándose sobre los hombros neblinosos del río... corriente que asoma en los espejos de las aguas, un rostro que llega y un aroma que si se desprende sigue inundándonos... suceso inalterable si las capas encendidas del corazón, permanecen en los centros abismales de la soledad”*.

Pero, ¿cómo tocar desde aquí, desde esta plena y fluida fugacidad, el corazón de lo permanente?. *El niño pregunta, la mujer contesta. El peldaño entonces se colma.* He aquí a lo inefable. Lo inefable de azul-oro del relámpago, tendido, insito, inviolable. *La hoja solitaria, las espumas y entre ambas la corriente que no deja perecer a la raíz: vinculación inefable del río con la muerte... lo inefable vivo en la claridad de lo oscuro... junto al río con semblante de jamás separarse. Lazo inaprensible que no tiene forma ni nunca hace sombra.* Vuelvo entonces a cerrar los ojos, y es mi alma la que se abre e inclina hacia el principio, conociendo así lo inexpressable: **“esencia y existencia de la realidad absoluta”**. Es mi propia *ella* quien mira que en el espejo de las aguas arremansadas a la *ella* del río, estableciéndose entre ambas una unidad de vida. Así, me despojo de la realidad toda –lo oscuro y lo visible- pero no para que la realidad sea eliminada sino más bien iluminada, transfigurada por el corazón de ese fruto que trae consigo todo lo indecible, lejos de la razón, de la mirada. Mas en este aquí, en este ahora, en este cuerpo, en esta mano del hombre que sostiene y se lleva a la boca deseosa el árbol todo con el fruto, también hallamos lo inefable. Es la realidad en su conjunto, presente aquí, en todo su esplendor ante nosotros, sin necesidad de expresarse ni de explicarse, absoluta pero fluida, mostrándose a sí misma y mostrándonos que lo permanente y lo fugaz son un mismo y maravilloso suceso. Cuerpo y alma unidos al río, envueltos ya apasionadamente en los motivos del amor, en los motivos del *vuelo*.

San Juan de la Cruz nos decía: *“Que cuando las cosas divinas son en sí más claras y manifiestas, tanto más son al alma de oscuras y ocultas; así como la luz cuanto más clara es, tanto más ciega y oscurece*

la pupila”... Por su parte, Bergson nos dice que lo inefable es ese continuo religarse de Dios con el mundo, bajo un fluido vital que perpetuamente continúa el empuje creador de la vida, por el amor a lo creado. Pero la poeta nos enseña que lo inefable, también aquí, en lo inmanente, en la duración de su manifestación existencial, se muestra a sí mismo y no necesita expresarse. Entonces aquello que no puede ser expresado, encuentra su virtud más verdadera en el silencio.

La extensión del alma es el silencio. Silencio intacto tan necesario para la conciliación de los dobles. Silencio que nunca se contempla por permanecer ligado a lo siempre puro y completo del Ser. Y en este blanco silencio, el río ya no me habla de retornos. Unido a él por la constante pasión de la raíz, encuentro la paz, el remanso iluminado. Lo cóncavo aquí, ahora, en mi propia duración, y en reciprocidad, mi mano generosa que se alarga para entregarle en el final del viaje, todo cuanto traje de voz, de cuerpo y de deseo. Así nunca se separa la vida del río. Es entonces cuando el río se vuelve casa para el hombre y el hombre casa para el río. Casa, donde el amor hace cálidas las paredes... la mujer, su voz, su siembra de uvas, su dolor de corrientes, sus senos de cuencas, caminos. Y en los cabos del silencio, la epifanía del mundo a través de la palabra que se hace cuenco de río, casa compartida que se alarga en su entrega, pues es ella quien le atribuye su estructura con un poder que va más allá de lo descriptivo. El mundo como contexto de la manifestación absoluta de la realidad, y el hombre que a través de la palabra se hace trascendente para así corresponder a la inmanencia amorosa de ese Ser, de ese río: La palabra es la casa del Ser. La salvación nos llega entonces desde allí: en el río con la ribera de tu casa. Luego, los hilos empiezan lo asombroso.

Un solo hilo doble. El hilo oro de la casa en el hilo azul de los buscadores, entretejiendo a la hondura de allá, con la luz madurada del sol en el corazón de las manzanas. Hilo de la hoja, del sueño, de la piel, de lo débil, de lo dulce. Hilo del ave, del vacío móvil de los valles. Hilo de la sangre, de la luz y el hilo de los hombres entre las casas, las penumbras y una laja blanca en el amanecer. Hacia dentro y hacia fuera, para que prosiga el goce de la vida, los espacios íntimos de la voz en canto-sol-

libre.

Lanzo mi voz en canto-sol-libre como una red sobre las aguas extendidas del río. Voz entretejida a la voz de una mujer que me mira también con el azul oro del río, junto a las aguas claras que arropan el balcón de la casa, de esta casa blanca. Solo una mujer anudando los hilos de lo inmanente y lo trascendente de un tejido inefable para que el hombre lo vea. Canto de regocijo al entender lo inexpresable también aquí, ahora: **La raíz y el fruto unidos por el deseo de mi boca.**

En el fondo de la red esta visión: *El río puro y completo, río este, nuestro, hondo, que da la casa, el pan, el agua: prolongación de redes. Únicamente él dejando ser y el sendero del viaje de un hombre para anclar y alcanzar los hilos indetenibles tejidos por la siempre ella. Callada cruz de las aguas donde los hilos se ensartan a la voz, al corazón y a cada hombre del río hondo aquí, nuestro: Ser.*

Edgar Vidaurre

Donde las pupilas entran

¡Ah del río completo
con Andrómeda entre sus proas
y Ulises entre sus anclas!

Hay un río semejante al cielo
en el fondo de la montaña
Río arriba, en el árbol y la cumbre
y otro igualmente, en el sueño
sueño de los hombres

Un solo gajo es suficiente
para que se redondeen los espacios
y se le dé campo a que el sol
duerma en el río este
de todo ancestro y toda forma

Cuenco tú: Ser
imagen de río completo
aun en el momento de verter la leche
en la taza diaria
y seguir hasta escoger el lecho y reposar

Muere un pájaro
y el silencio de las márgenes aumenta
entre lanzas de sombras
alas de raíces
cuerpos pequeños deshaciéndose
en la luz de anaranjada rapidez
con la cerradura dentro, abierta
para que emane el río ese, hondo, aquí
que sin topes, muros
deja a la vida fluir
en brío de prisas
cortezas titilantes de rostros yendo
entre lo repentino de los fines
y el insólito reflejo de lo inesperado

En el río
agua de acercamiento
Las cumbres afuera
con las grutas, los vientos
las aves y la garúa
En el río
río de tronos resbaladizos
y curvas lentas, tramadas
en la primera vez de la lluvia
y el primer relámpago alto sobre riberas
En el río
lo instantáneo del origen
la claridad de los principios
entre cercanías y alejamientos
de la primera vez del vínculo
y la primera vez del sol bajo las aguas
En el río
río alrededor
tuyo, totalmente tuyo
con herraduras de propiedad
y vertientes
en el salto blanco del blanquísimo alto
Río este, nuestro, hondo
te da la casa, el pan, el agua:
prolongación de redes en oro malva
insustituibles para el amor, el trabajo, la generosidad

Los ojos dan razón de la sangre
del muslo, la vertiente
y si la oscuridad del río nos llega
es señal que en el río
ruedan otros con cascajos, cavidades, abrojos
Hay lo que es
y desaparece dejando lo que fue
El hombre puebla
en lo inmenso del terraplén
casas sobre ese mismo río
donde las pupilas entran
para cerrarse y descubrir

Sabemos hacia qué lugar marchamos
Mas, en el río
¿habrá sitio alguno para la elección?
Él es aquí, acá, allá
en toda profundidad
de cualquier veloz río otro
en este del río hondo, siempre
Únicamente él, dejando ser

En la profundidad del río, el hombre
sus manos en las márgenes
Sus ojos concluyen donde el mundo empieza
en las muchas casas
por el retorno incesante del sol
En la profundidad del río
los hilos desprendidos de barcas enterradas
entre quillas, huesos blancos
y tanta oscuridad al fondo
En la profundidad del río
vestimenta sangrante de las batallas
y miradas percidas
sin esperanza alta, desafiante
en su centro oscuro, primigenio
de necesidad y empuje
En la profundidad del río
los requerimientos encadenados de países
buscándose como aguas en las desembocaduras
de los pueblos aquellos
crecidos por el tejido de la greda
y los ramajes y establos
emanados de aquella palabra sola:
agua, viento
En la profundidad del río
la sola toma de la sangre
la sola ruta del origen
la sola raza del principio
el inmenso alud del pensamiento
en su hábil cambio de mil hileras
y divergencias múltiples

En la oscuridad del río
el río del combate
para el ascenso del albergue
que afirma frescor
gusto, atención

Una red
el hombre recoge las claras
enhebradas manchas del tiempo
y se las entrega al río
La oscuridad aguarda, las aguas crecen

Del siempre silencioso margen

Las aguas que bajan
¿son las mismas que ascienden?
Es el río...

Y lo toman aquellos que escuchan
el chasquido de sus fluyentes aguas
incoloras, inagotables

Si sujetas tus pasos
¿qué encuentras?
Allí él
en los demás
aun junto al reflejo de las cortezas de los bosques
Y ¿qué es un bosque?
¿No señala acaso
el surgimiento de las aguas
de este río tan unido a ti, al otro
a aquél?

Se oscurece la huella
si al alma la envuelve
el afán granate de las vestiduras
Crece el rostro
si el sol se tiende
y un niño quien prende la fogata
donde está el río
del siempre silencioso margen

Ni se altera ni se dibuja
Su ribera
desde aquel instante en que la cima, el árbol
la ciudad, los mares
pertenecieron al largo recorrido de los siglos

Carga y no posee musgo
gajo, puntal que se le opongá
mas la voz de la palabra lo pronuncia
entre estatuario y no estatuario
Río, tú
en la banda legible de los tiempos
y las ondeantes formas del abismo, del caos

Es cuando se llenan las cumbres
se ruborizan los antojos
hasta festejar la entrada de los frutos
junto al abrazo de la noche
y su nupcial cántico de acuerdos

El sol
el amor
el crecimiento
el cauce
en el perfil interminable de la concavidad extendida
por el alumbramiento de los cuerpos
y el sueño de los hombres junto al fuego
el aire, lo remoto
aun junto a lo en seguida más
o en seguida menos, o nada

Sorprenden la brisa, la lluvia
este río hondo, nuestro
que nunca descubren las pupilas
y donde crece la interioridad íntima
de ese distinto otro río, fuera, sutil
de venas, tegumento, sangre, ánimo, pensamiento:
presencia de las aguas
desde su entrañable dádiva continua

Basta atravesar el árbol
para que nos alumbre
lo que se mantuvo
sin cruzar espacio ni pronunciar palabra:
silencio de luz y compañía total

La extensión del alma es el silencio

No se aparta el oído del río
¿Red de un hilo puro en su principio
de río puro y completo?
Y por oírlo tanto recorrimos los campos
y por mirar los campos moldeamos el cántaro
y de tanto servirlo
nos llenaron las aguas
No hay ninguna semejante a esas
del río contigo, conmigo
su cuenca
en esa lista de inmensidad para el hombre
entre la rosa, el abedul, el filo
y el listado oscuro de los acantilados
Secreto real, directo
que en imagen nuestra de río puro y completo
deja que las trompetas de la voz anuncien
el rodante empuje de lo inesperado
la templada transparencia
de cualquier germen, lumbre, polvo
de la cóncava lisura abierta
rodando en múltiple piel de tigre
sobre los peñascos de la intemperie móvil

Un niño contempla los navíos
escucha en la sonoridad de las aguas
la resistencia para la espera
el día para encontrar el aro de la imagen
el pensamiento que al buscar palpa y aguarda
Saltamos del aire hacia las alturas
Asimos el volumen del árbol
Dejamos la sombra, el rastro y seguimos
El pie y la ansiedad no descansan
Necesitamos el río
su poder de alimentar
y sostener sin que ningún sol
se pierda dentro de otro diferente sol

Llegan a la hoja
ritos de naufragios anteriores
El corazón siente la contienda de las proas
Las manos sujetan
las anclas del hundimiento
Los pies resguardan las caídas anteriores
de pasos y desvaríos
es cuando la luna entra en la mirada de alguien
que busca en la ciudad
el fruto del camino en el río

Y con el río marcan los hombres
las cruces de los astros, de los ediles
Así el tiempo en la piel de los ancianos
Y con el río encuentran los niños
el viaje de las aves
unidas en la profundidad de las raíces

por el río nos hablamos
a través del tejido de atardeceres
sembramos la casa
y cultivamos el lirio
de los cuatros mares a fondo con el río ahí

La extensión del alma es el silencio

Un peldaño y el amanecer crece

Siempre es igual a lo que nunca concluye
¿Y el peldaño?
salto de agua
espacio
irrupción
pié y empuje
en amor de hombre y ala

Ningún borde asoma
si dentro no pulsa
un árbol mutilado
o un creyón verde de hierbas
Razones libres de los peldaños
al soltar los anillos lúcidos de sus espumas

Un peldaño
y aparece la rosa roja
que pone el azul
sobre el horizonte de los viajes
Un peldaño y la copa se llena
como oscuridades dentro del sol

El niño pregunta
La mujer contesta
El peldaño entonces se colma
y el sol se siembra en la palabra
junto con la voz que recoge
los dulces campos de lo admirable

El peldaño este, bullicioso
mas suave y limpio
es amor de las aguas
que nunca se alejan
dejando a la raíz llegar al fruto
hasta alcanzar los cielos
doblemente cielos grandes, pequeños
mas de vez en cuando de un horizonte
demasiado parejo y continuo

Son más que el viento
más que el agua de la charca
y más que el primer círculo del origen
Por el río se expanden
y atravesando la tierra, los cielos
se encuentran en los cascotes pequeños de los lechos
en la paz oculta de algún ave abandonada
en el callejón desolado de la oscuridad
en despliegue de pala ciega hacia el ascenso

Unido está el terrón a lo cristalino del agua
El árbol no se retira ni por su infinito
en lo finito igual, mismo:
redondez de guijarro
donde los peldaños son amaneceres
de los grandes granos pasables
para el buey, el hombre
al guiar los timones altos, bajos
de cada oleaje en su horizonte perfecto

Una sola nube
y el alma escucha
lo que se oye en la piedra
si la mano, el sol
persiguen al peldaño
de aquel arcano pájaro vibratorio

Había una casa lisiada por el temblor
Un pájaro abandonó el río
buscó el mar
y el mar buscó al río del pájaro
El hombre
desde ese instante del vínculo
entre el río y el pájaro
hila fronteras, paisajes, leyendas
más ese dónde
del primer peldaño de las aguas

Alguien busca
el cauce original y primario
que lo puso en la tierra
El cauce es el lugar
para que la superficie crezca
Una hoja y descubrimos
entre los peldaños de las márgenes
una otra fruta nacida en el gajo
con el río como la casa donde un ave vivió
en el tiempo de los volcanes flotantes
y llamaradas de barcos
traspasándose los unos a los otros

Aramos con las palabras
Las palabras entregan el tono de lo grande
pequeño, transmutable
Los peldaños pertenecen
por semejanza a la viola, a las flechas
y a la desbordante irrupción de las aguas
en su transitorio aparecer

El peldaño y su agitación íntima
siguen el golpe del instante:
futuro para la nuez moscada
el ají
y la diagramación de la mesa
junto al pan tibio del despertar

Los niños en los aros de las ondas
Los barcos llegan a los jardines
Los cuentos comienzan en las plazas
al armonizarse en la casa del río
se sientan en el desván
y permanecen calentando
aquellos rostros de pálidas caídas
y húmeda liviandad
¿Y el río?
En el redil, el descalabro
en la soledad de un vacío siempre el mismo:
concavidad que ha de llenarla
el blancor de un redondel semejante al del río
cuando llega y el peldaño se ofrece
para el campo del ala
con la puerta dispuesta a abrirse sin más prisa
que la que se pone al amar y seguir

Cada peldaño nos hace querer más al mundo
Calle entonces el quejido
si al recuerdo lo asaltan los guantes azules
de aquel rinoceronte delgado
que en la niñez de alguien
se llenó con las coronas blancas
de los valles insólitos, infantiles
Lo sabemos
La memoria vive dentro de la vida
que se carga y se descarga
pasando de un camino
hacia distintas pendientes de los caminos
de las cimas aquellas clarísimas de sol
como puertos de las guías

Se abren los boquetes del sueño
Un peldaño y el amanecer crece
Un gajo y se agranda la lejanía
Silencio:
pálpito que no limita
Retornan los ademanes anteriores
buscan lo compacto del vínculo
y su larga profundidad de tiempo
El recuerdo sabrá que de todo defecto emergerá
una sorprendente claridad
más clara que el día en las alturas
con la siembra de las raíces
de cada hombre, mujer, anciano

Porque hay peldaños
los adolescentes taladran
los umbrales repetidos
y los mendigos alcanzan
las escasas cumbres de las perlas
Porque hay peldaños
los estuarios atajan
el velamen de los rayos
y los conejos endulzan
los escurridizos linderos de las orillas
Porque hay peldaños
los gestos recorren
las arcadas del recuerdo
y los dedos buscan
la faz libre de la alegría
Porque hay peldaños
las aguas nos envuelven
llevándonos de nuevo al río
del todo río solo, total
para cada hombre actual, presto
y cada montaña de luz limpia
de aura aquí, en lo infinito
con lo finito mismo del beso y del alma
Y porque hay peldaños
hay mar fuera, mar dentro
para cada quien de rojo largo
tedio puro
vacío inepto
en lo indetenible del ala
escalando el río

Los dinteles abiertos en la profundidad

De lo igual lo mismo
de los mismos el aparecer de un vuelo
donde lo ínsito, puro del río
entrega la libertad

Estallan los volcanes de la frustración
Caen los saludos ambulantes del despegue
mas el río
con su callado paso peregrino
deja a los frutos andar, mezclarse
crecer, regresar

Un olvido no es penumbra
es presencia moldeada
que se internó demasiado atrás
demasiado adentro
en lo más hondo y sensitivo
mientras el árbol retiene entre sus leños
aquella vega azul que necesitaron las naves
para el crecimiento de los horizontes
El río no entorpece los pálpitos de la memoria
ni retiene las virutas, las esporas, las raíces
yéndose hacia las lejanas planicies
de los higos
bajo la techumbre de los vientos

En la rojiza carpa de los pastos
late un pozo que nunca se desborda
En el amor las aguas van tocándose
hasta que desde lo inesperado del despliegue
irrumpen las trompetas de la voz
y se descubre la planta
de los dinteles abiertos en la profundidad

El blanco levantamiento de la corriente

En lo más callado del agua
el cristalino cristal
de un centro de abertura sin fondo

Por el brillo de la corriente
conocemos lo anunciado en la palabra
y el palpito que crece

El poder de lo remoto
en las aguas que inundan
En la frente la resistencia del sol
Sobre la piel
la presencia distante de lo ilimitado
La cima pertenece al cosmos
al gajo, a la mano
y en la sangre, el latido de la corriente
si las pupilas entregan las azancas
y el corazón despierta
en lo hondamente mismo
nuestro
de las aguas con la vida, la muerte

La herida
La sangre
La alegría azul de las márgenes
y comienza otra tierra
a llenarse de barcos, escaleras
y botas para escalar la cumbre
o ese árbol que de tantos frutos
se va inclinando hasta rozar las aguas

La blancura así, tendida blancamente
sobre las aguas
es un tinte que abre la corriente
y por debajo las une

Se pregunta desde aquel instante
en que las aguas se agitaron por primera vez
con la tierra entre sus bordes
El río estaba
y su corriente en lo ausente, distante, cercano
aun en la fronda movida por la brisa del pájaro

La copa tiene cuenca de montaña
la montaña cuerpo de copa
El ruido al rodar
¿rueda, alcanza?
Hay tanta inmensidad
para decir que algo se alcanzó
Una cáscara se abre
donde la corriente va
y la raíz empieza

Para el fuego del vendaval
los surcos de la luz, de la brisa
llegando a las manos que se acercan
a las aguas de la corriente
por donde van
semejante a alhajas inarrancables
Disposición innata
de los prodigios del origen

Llegar junto a la hoja
sentir su raíz
y escucharla igual que al cielo
o al hombre en la oscuridad del día
Un árbol es árbol
si las aguas de la corriente
son el vendaval
desde donde miramos al niño
a la ciudad
aun al espejo de una mujer cazando al sol

Cómo se agilizan los dedos
al ir en la corriente hacia el horizonte
tantear el costado de un navío
y la blanca cáscara que recogida
moja los labios

En la corriente continua
que riega el instante de la piel y la pluma
va el sol
Laja de mil usos
mil hileras y miles brujas estallantes
Laja para las cruces, los vitrales
nacidos en la urgencia de los siglos
incesantemente habitados por pasos, miradas
junto a rebotes de las mil puertas de cabañas
evaporadas bajo los cielos
y sobre un mar
acarreando la disyuntiva en el fondo de sus comienzos

Cada círculo de la corriente
contiene un árbol para la vida
una ciudad para el camino
un alba para el andar
y un hilo que nunca cesa de amanecer:
brisa que va en pleno seno de alcance

De las aguas nace el arco
y del arco, las hojas que se abren
El hombre corta el hierbajo de los derrumbes
cierra la carta donde silban los presagios
y por las aguas en la corriente del aire
del espacio, el fuego
el orfebre moviliza la armazón de sus señales
el amor asimila los destinos
Un niño corre tras las huellas del paraíso

Los desperdicios anuncian
una cierta amorosa indiferencia
La hierba entre los valles
seduce por su brillo horizontal
de lo antiguamente tuyo, desaparecido
Mas la fruta al descender
raja los espacios
dejando las atribuladas cenizas del percance
La mano no se aleja de aquella otra piel
igualmente suave de los musgos

La cáscara del atardecer
en la persistencia de la corriente
que jamás sucumbe
ni aun por el retorno de las aves
Suceso inalterable
si las capas encendidas del corazón
permanecen
en los centros abismales de la soledad

La inmensidad de la sonora corriente
se lleva la hoja
deja libre a la estrella
mas el cauce de los enlaces prosigue
porque un hombre siembra cada vez
el fruto compartido

La ansiedad busca el aire
La sombra la hondonada
El labio olvida
y se desprenden los cestos
de los musgos que sedujeron
La corriente suelta, no detiene
está en el alma
aun en los cuatro polos del poniente
junto al paso incesante del cenit
en tanto ella va abriendo
la cóncava luminosidad de los espacios
para que crezcan y se unan
el coraje, el amor
la caridad, el empeño
Si se busca tocar la hondura primaria del principio
es imprescindible el vínculo
entre los empujes acuáticos
yendo, retornando
y la piel blancamente dócil de toda pulpa, límite
o corazón de alma

Las aguas más claras están en el cuerpo
en la voz, la palabra
Al fondo de la corriente plena, aquí, nuestra
ventisca, fósiles, reventones miles
Se encuentran los ejes con sus llaves
que abren el resplandor de los albergues
Se enfilan los frisos
sobre los que se calentó la mano
plasmar la silueta de los combates
Acuden los silencios
por donde ruedan las espumas
un árbol vuela a ultranza
y otro se oculta en el primer terrón de amapola

Junto a la roca
la calma de las limpias arenas
las claras hojuelas de las espumas
y esas aguas internas, burbujeantes de la corriente
donde las aves despliegan
y los hombres martillan
para asir aquel fragmento pensante
que pudo entrar en la lejanía del último astro
a través de la redonda carpa del manzano

El tablón tiene del bosque el aroma
y de la selva el ensimismamiento del color
La corriente los mantiene
hasta que al fin se doblan
por el filo de las brasas que caminan

La piel pierde su caudalosa seducción
la liebre abandona su coraza
y en el fondo del río se disuelven
haciéndose corriente del río hondo, aquí
tuyo, del otro

Se deshacen las débiles esporas del abandono
la olorosa, clara lucidez de los nardos
Emerge entonces en la ribera
un árbol color de astro río
bajando
hacia los cielos ocultos de los empeños

La casa tiene sombra de cima
La montaña voz de escondrijo
entre ambas rueda el río
y nadie lo mira
La cáscara se abre dentro de las aguas
y no hay quien lo note
Visión que no toca
lo interminable del fin
ni avizora el blanco levantamiento de la corriente

Bullicio
si el hilo comienza a tejer
y el oleaje a desbordarse
Empuje que no se aleja
dejando a la raíz regresar
y al fruto alcanzar los labios
de una faz brumosa y demasiado distante
Mas la corriente sigue siendo la misma
en su transparencia honda, nuestra
del aquí, hondo, tuyo, río, Ser.

Se ha inscrito la tierra
sobre la resonancia de la corriente
ninguna herida las separa como zanja
frente a otra zanja
Las aguas se multiplican
dan vueltas, retornan
¿Quién puede detenerlas?
Ellas siguiendo
como quien abre el ventanal
y se van los aires de los pinos
entre los acumulados pensamientos
del bien, del mal, del fuego y la paz

Corriente, permanencia, asoman
en los espejos de las aguas
es un rostro que llega
un aroma que si se desprende
sigue inundándonos

Lo fértil de lo pasajero

En manto de celajes
la mano se alarga
se detiene
si la mirada está en el río
igual a como se asienta el fuego en el latido
La quietud en la cripta cerrada de los adioses

La espuma riega
el arraigado borbotón formal de lo huido
es cuando el corazón observa
lo mismo a como contempla el viajero
su propia distancia de raíz

Árbol de manantial el alma
al entrar
en la vaporosa, abierta permanencia
que refuerza y prolonga
las cavidades íntimas del firmamento

La casa crece en el centro de la corriente
su canto en lo que existe
Así habrá savia para el hombre
y valle para la ansiedad de la espera
Así habrá pozo para el pasado
y distancia para el que llega
El río de los bosques, las montañas, las abras
nació para las aguas que pasan
Lo pasajero pertenece
a lo visible de la superficie:
carnosidad fugaz, viva
aun en el fondo de la cuenca

La semilla si se vierte en rastro de rostro
¿desaparece?
Lo fértil de lo pasajero
se hace campo de raíces permanente
para que estalle el azulado relámpago del rayo
y lo inefable aumente
su transparencia cristalina
de aire en lo distante

El viento, la lluvia
afilan las crestas, las cumbres
redondean los promontorios de lava
Las aguas van en crecimiento
allí la espuma riega la carga plena de lo huidizo
entre el martillo del relámpago
y el fruto que se va estableciendo

El mutismo en la cuenca
arriba lo mismo, igual a lo del musgo de abajo
Un fruto ofrece sus grietas de almíbar
dentro del deslizante mugido de la corriente
¿Y la permanencia?
línea de lenta paciencia
El rostro, la huella, los pálpitos
viven cargándose sobre los hombros neblinosos del río

Por lo fugaz del cuerpo
el ala y la piedra
lo permanente se agranda
Entonces
¿sin lo fugaz
podríamos hablar de la permanencia?
Lo permanente es para lo fugaz
como el ala para el pájaro
como los ríos
para el río hondo, aquí
Sutilezas del alma

Aloja la permanencia
y se levanta el ala intangible de los sueños
Es hora de llamarte río
y ver que la voz aun teniendo la fugacidad
de la campana, del canto y el amor
prosigue en los cercos enrojecidos de la imaginación
aun en los aires tibios de la esperanza
instantes en que la palabra se hace puntal de ave
para las espumeantes aguas
del blanco abierto asido cada vez más

La permanencia lleva
tan suavemente dentro, el amor
la ciudad, el vínculo
que nunca más retornarán a la tierra
porque jamás volverán a ser lo que fueron:
carga imprescindible
para ese lomo de incesante
sencilla, fugaz plenitud

Hallazgo saber que el amor, el corazón
no serán igual a como fueron:
conejos dentro de un cajón
de rojizo atardecer seguro

Entonces
lo que fue
se hace piel de claridad inmemorial
El río calla
ni disminuye ni voltea hacia atrás
Es una cima sin término, raíces
un árbol que nunca deja de crecer
¿Y su silencio?
Ah! la soledad sabe que el silencio enlaza, une
la permanencia con el árbol del hombre río
ciudad, Ser

Cordones de piel relampagueantes

El ruido de la miel

No se opone lo pasajero
a lo permanente, a lo intemporal
Lo permanente, lo intemporal
no son sin lo fugaz del día
o los mil años luz:
amalgama de un aire
donde la palabra va sobre una gran llanura
de enrosquetada multitud

Irrumpe lo intemporal
se alumbra el cálido pasto de la permanencia
y siguen creciendo los años, los siglos,
hasta la fauna que el lirio recibió en sus entrañas

La permanencia se abre
en el mismo abrirse instantáneo
de la relampagueante intemporalidad
Oro, azul
que recojen como a un fruto
las menudencias frágiles, recias, suaves
ocultas inevitablemente
en lo íntimo de los vínculos, de los sueños y los anhelos

Ágil el alma
si sigue los espacios inigualables
de esos oros, de esos azules
preparado para rescatar lo pasajero del origen

Cascada de vestimenta irrompible
lo intemporal
que al soltar sus doradas hebras
y dejar libre el azulado timbre
de las sacudidas finales
recibe los centros cantores
del redoble circular, astral

Allí el relámpago:
alcatraz
mansión de los dorados azules amantes
que resguardan lo escondido del origen

La palabra se escucha
entra, se queda, se va
¿Acantilado de vida, existencia, muerte?
Mas cuán hermosa y tibia la piel, la soledad
ligadas al fulgor abierto de la intemporalidad

Letargo
el cuerpo entre las arenas
Letargo
si la mirada queda
en el silencio exacto de lo inmanente
donde el relámpago nunca habrá de concluir
¿No está acaso en el río
como las nubes en la tierra y los cielos?

En cada astro
hay un rostro de arándano
y una distancia de abecedario
acércateles
y escucharás el trajín de las espumas
entre el fulgurante relampaguear
y el rayo del gesto azulado
Es empresa del corazón
pasearse por los pasadizos agrietados
resbaladizos del azul oro intemporal

La grieta
¿Es una puerta
y la puerta el cuerpo
que se abre hacia la salvación
del desafiante dorado azul?
¿Y la hora y el siglo?
Hermosos, sí, entre los campos blancos del recuerdo
que se van acercando hacia esos oros y azules
acertadamente necesarios
para el hogar de lo que pasó
y se fue aquietando sin conocer más

La copa, el vino
están ligados desde
la primaria abertura del origen
Y si decimos amor
las cimas nos abrazan
con sus lirios
de recordadas arcillas florecientes
nos hieren los precipicios
sus agujas heladas de ventiscas
y nos acompaña la llama memoriosa
que carga en su piel
esos trozos de vínculos abandonados
que nunca lograron reunir
tiras, piedras, amores
mas el río
al ser copa de ciudades cristalinas
igualmente acoge
esos entrañables abultamientos rasos
de ahogado sin recurso alguno
semejante al peñasco
en lo más duro e innato de la negrura

Las ciudades arden
La llaga de los acribillados
camina entre las ruedas de los olvidos
y esos huesos que se derriten
yendo hacia los altos rayos crema
seguros de engarzarse
a esa libertad otra, imprevista y nunca provisional
Mas el relámpago se hace ardilla
en busca de nuevas cabañas
llenas de aquel
sombrió atardecer íntimo del crepúsculo:
caudal de los pinos blancos del alma

El vendaval deja intactos los niveles del sol
y si la techumbre sucumbe
es señal de que el baúl blanco de la vida íntima
se prendió al relámpago
con la azucena como ventana por donde entrar
esa sencilla y preciosa pequeñez del alma

Vivo este oro recogedor
y esta mano que se le ensarta
entregándole cuanto trajimos de voz, deseo, amistad
Así nunca se separará la vida del río
en su azul alba
plácidamente moviendo lados desiguales
iguales, como los polvos dejados por los buitres
¿Y los oráculos?

¿Es tu voz
de limpio jardín gardenias
lo que existe?
El río mana entre la sangre
deja escoger el fruto
no te impide desear, combatir
Mas si llegas al relámpago
le entregas al río
una voz más de río brisa, tuya, limpia y total

El amanecer
entre las siluetas de los lechos que empujan
y el río que no huye
Al relámpago lo respalda tu sombra
tu dolor, tu cuerpo de río brillante árbol
aun las heridas
que tapiaron los azahares íntimos, lúcidos
del sol amante

Se amplían los extremos del alma
se amontonan las partículas errantes de cada sol
se cuentan los malabares de pálida nobleza amante
y tú, cuerpo de amor, río
¿sigues la ribera de la corriente?
Un niño, una hoja, una raíz, han nacido
son los que van hacia adelante
dejando después
a lo fugaz, íntimo
proseguir en el cestón
dorado azul de la intemporalidad
¿Nada más?
Sí
¡Cómo crujen las aguas si alguien grita:
la moneda alcanza
cuidado con su arrollamiento!

Si a un buque lo toca
la carga del relámpago
nunca se irá a pique
La muerte no muere
lo intemporal la acoge
con su canto de cruz
semejante
a un cuenco campo
de ilimitada lluvia azul

¿Es de la luz detenerse?
En la vastedad
las hebras unidas de las fragmentaciones
¿Y lo esplendoroso?
regresando por la vía del río
hacia sus espumas
de un afuera de azul blanco oro
donde cuenta el dolor y deja la piel
sus incautos arrojos
La mirada retoma
su antiguo camino de sol

El ángel de pan
queda en pie de cumbre
si esos oros azules de la marejada interminable
reciben lo partido
lo derruido del desgaste
Muévase en seguida
la alegría del pan y la cumbre
Ha surgido lo otro
eso que llevamos en el alma
cuando el río nos habla
de parajes con sus cuentos
de parques incontablemente siendo
Así río es el río
entre los dorados azules
que resguardan poco o mucho
los testamentos
del ínsito fulgor intangible, fugaz

Entre la banda de los aires
y el suspenso de las distancias
la abeja empuja su color
Salpican los vientos
El enjambre de las alas zumba
y crece la almena
donde se une el tejido
a unas pupilas que descubren el ruido de la miel
entre los horarios creíbles
de la gozosa atenuante temporalidad

El relámpago se parece
a la esplendorosa redondez
de la fruta
dentro de la copa silbadora del barco
El oro
se asemeja al rastro que dejamos continuar
entre los perfiles instantáneos del azul
y la fe que busca
el brillante origen blanco
espumeante de la corriente
abierto más allá
de todo ocre, gris
que promulga el azul oro del fruto
en el río este, hondo, aquí, Ser

¿Desaparecerá de la vida
este blanco corazón rosa?
¿Desaparecerá el corazón?
Él es en lo intemporal
por el repentino campaneo
de esos oros azules largos, activos
Y no dormirá
Dormir es un muro más
que nos distancia del río
y sus silentes seguidillas
de cimas rojas
como de alondras congeladas

Sigue lo intemporal con su piel de agua
su color de leche azul oro
de completa y abarcante solidaridad

Del claro alargamiento de la luz

Sacudimos el polvo, el aire
la vida, la muerte
mas la memoria
no se aleja de aquel instante
en que vimos desde el río
el inefable azul oro del relámpago

La mirada sabe más de límites
bordes, días
que de la sumergida larva de la inmensidad
¿Y lo inefable?
Tendido, ínsito, inviolable
y más si el río está
en el pecho del alba
y late
igual al casquillo
bajo los pies del caballo

A través del fruto llegamos a la tierra
a través de la tierra
entramos en la imagen evanescente del río
y nunca podrá alejarse
lo inefable de un día
yéndose hacia las cumbres crédulas de las aguas

La agilidad de la hoja solitaria
alcanza las honduras de las espumas
entre ambas la corriente
no deja perecer a la raíz:
vinculación inefable
del río con la vida y la muerte

La estrella dentro del pozo
es rastro de los cielos remotos
Ágil, suave
el enlace de la inmensidad
con el relampagueante pozo de las estrellas

Por la errancia llega la luz
a las oscuridades más remotas
donde la luna al descubrirse
salta hacia su otra faz
doblada oscuramente hacia adentro
en punto de terror

Cae el copo, se rompe
se parte el cielo otro
aquel de las quemaduras íntimas de los hombres
donde la intensidad victimaria de la soledad
se apodera del corazón
haciéndolo liebre de tapiado luto desollante

Lo inefable de las aguas
se extiende en zancos largos de alborotado cabeceo
La vida se alarga
hacia cada parte, fragmento
aun hacia aquellos otros que aúllan
por tanta carga perdida
y tantos pasos sin escalones

Las aguas que nos unen
pertenecen a la movilidad de los hilos
de continuo hacia adelante
hacia las pupilas que aguardan
y la indomable ansiedad por el hallazgo
Atrás quedan los vagones
que aun no han paladeado las brisas inefables
de la enrojecida intemporalidad

Lo inefable libre, bello
un otro campo más
entre el trigo glauco de los astros
y las pequeñas espigas incorpóreas de las sombras
Mas el río
en lo inefable del claro alargamiento de la luz

Hermosos los tiempos de la sal
sobre la granja abandonada
por tanta corva adulta
Hermosa la lluvia
como el durazno dentro
y creciendo ambos
Hermosos estos resplandores íntimos
que estallan junto a lo inefable allí
en las tejas enrojecidas por el amor entre
y la campana de certeza
que va diciendo
aquello como quien cuenta granos
y luego los esparce
en vinculaciones próximas
para ser hacia dentro, combinándose
después recogándose
tal vez nunca más
Y el río con la tierra adentro
como nunca deja de hacerlo

El rayo inscribe una oveja larga, quebradiza
acechando los oros, los azules
de las horas que se escaparon
retornaron o desaparecieron
La oveja continúa intacta
en la inefable oveja de la palabra oveja

En el corazón
la pasarela de lo inefable
es ser hermoso de piel sal
Hermoso de hermano loma
Hermoso de claustro valentía
Hermoso de limpio cortes pasables
Hermoso de bravo y brasa perforada, inapagable

Lo inefable vivo
en la claridad de lo oscuro
Vivo en el ritmo de teas, alcaravanes
y junto al río
con semblante de jamás separarse
Lazo inaprehensible
que no tiene forma
ni nunca hace sombra.

Blancura
que jamás corta la nube, el pájaro
o el refulgente aroma de la tentación

Silencio que nunca se contempla

Entre la inmensidad y el río
¿hay algún distanciamiento?
Las nubes permanecen sobre los horizontes
La luz entre las cavernas y los barrancos
¿Cómo entonces puede existir
la separación de lo uno y lo otro?
El sol con la tierra
La dorada oscuridad
en lo ágil del firmamento
y el río
como la piel hace al cuerpo

Pasa el hombre sobre la profundidad de las aguas
su silueta se hace campo al ofrecer
el mullido aroma de la piel, de los ojos
y así, lentamente
como despierta la semilla dentro de la tierra
nos vamos haciendo libres, grandes
hasta palpar la mano, el perfil de lo inmanente
junto al río que calla como galgo
al pie de un pino semejante al río

¿Si sujetaras el camino
qué hallarías?
¿la tierra y sus aledaños largos de tallos?
¿la mirada que entra
en el rostro
el amor que acude, besa?
¿Lo inmanente es acaso la espora
eres tú, el otro, el próximo
tras el muro de los asombros y las sombras?
La voz que se hace espejo de corriente

Lo inmanente ¿se desmorona?
Va dentro de la corriente de las espumas
como esa sandalia que nunca se alejará de su tamaño:
figura intemporal que descubre la palabra
si apresa
la extensión íntima y sigilosa
de los tiempos pautados por el alma
con el río como pasaporte

Y
¿Tendrá algo de vestidura inarrancable
dentro de la astilla, el celaje
y la pauta lila de la primera permanencia
plenamente fiel a esas agua del río
si alguien va a su encuentro?

¿Podría ser ese alcatraz
que asido al corroído arrecife
no mira más los espacios azules
de lumínicas rosas ?
Lo inmanente es silencio que nunca se contempla
por permanecer ligado
a lo silencioso siempre
de lo puro y completo del Ser

Jamás suelta
si el árbol cae
y la mano queda
bajo el pie del rastrillo
Hierba inarrancable
aun si la carne y la sangre se hacen hoja
de abarcante memoria legendaria

Razones para que ni las aguas
la corriente, la tierra, la luna
puedan alejarse de esa fresca fresa estallante
que es el brillo de la rojiza, originaria oscuridad

Y prosigue en lo alto

Nunca alumbra más el río
que cuando no se le mira
Semejante a un relámpago de aguas nuevas
deja a las manos palpar
las hierbas momentáneas
que suben, bajan
por la ribera de las nubes
hacia los hombres

Demasiado peso para el alma
si únicamente aprehende
el tembloroso aglomeramiento
de la ondeante seda de los tiempos
El polen
los cielos
el sol
recogen los golpes de los siglos
y aumentan en el corazón
las entrañables distancias de las rutas

En el centro de la ciudad
el peso de la hora
La mujer y un mar de tejas
al fondo de su infancia
Un niño, las manos alzadas
para una casa redondamente casa
donde un hombre y otro hombre
reparten la tierra andante
aun la del esquife y los palafitos
mas
¿hacia dónde va el tiempo?
La fortaleza del río está en su hondura

El reflejo sobre la casa y la página
El lápiz y la primera palabra rosa
es cuando el mundo se renueva
y se engarzan los cúmulos fervientes
de una voz con otra voz
de una mano con otra mano
aun de un día entrando
en los linderos de los tiempos íntimos
junto a ellos
la inmensidad y el lápiz
en franca encrucijada:
piedras apareciendo lentamente

El ave camina en el claro cristal
de lo distante
La tierra y el agua
siguen siendo hermanas
nadie lo impide
En tanto la casa adherida
al albergue blanco de las horas, calla
prosigue en lo alto
con sus antenas largas
de goce, dolor
audacia, quietud

En el cruce de los rostros
es un cóndor suelto, indetenible
que no estando fuera ni dentro
jamás abandona
Recuerda el musgo
asido a la tierra
para que salte
el nuevo batracio de los espacios

Es a un horizonte de pasto, fundamento
que llega, pasa
y no se nos desprende
Es cuando nos preguntamos si el tiempo
es acaso un traje
que jamás deja de abastecerse
o si es el desván maleable
donde van cayendo hasta ese sol oscuro
de los huesos dejados
por la salvaje emanación
de gases puercos

Nunca hace ruido
está, pasa
¿Es alguien en busca de compañía
o timón, eje, pulitura
que le responde al río en el cuerpo
en el hierro, la madera, la savia?

Si está en la piel
en la paz y en la lujuria
está en la montaña, en el cuerpo
como saliendo del río
como emanando de las espumas
que se desprenden, saltan
en circular faz
de pasable hoja incogible

El tiempo aquí
en la red del amor
El tiempo allí
casi llegando de las riberas
donde el río se hace distancia
para la respuesta buscada

El río lo deja ir
lo empuja a mezclarse
como las nubes
sobre los bosques de la pasión

Entra en los espacios
cálidos del corazón
aun en las distancias entrañables
de la primera sombra del mural

¡Ah del árbol que no regresa!

El amor nos recuerda
que el instante es el fruto inseparable
de los linderos del tiempo:
manantial de cestos

¿Dónde las distancias que nos ensartan?
Las semillas en el fondo de la montaña
encuentran lo primario de la savia
Lo entrañable para el advenimiento
del caudal claro, largo
El minuto, el segundo, viven el hábito irrompible
de llevar un horizonte hacia otro horizonte
más hondo
más oscuro
que la profunda y propia oscuridad
Acantilado espumoso de las aguas

Cuan nuevo
el segundo del espacio
al entrar la sonoridad en los ramajes
y extenderse hacia las alas altas de las aguas
donde el mar alimenta
y el hábito crece

¡Ah del árbol que no regrese a su instante anterior;
Aguarda entonces su aparecer, aparición
igual a como la sabana espera el vendaval

La mano tiene una semejanza con el ramaje
El amor ríe al sentir próximo un otro corazón
de río para sí
Momento en que el árbol se hace un otro árbol más
y el amor un otro amor más:
espejismo doble de los instantes
si el tiempo se nos hace
propiedad extraña, privada
del corazón, del alma
como ovejeros
de lo que desde el río nos llega

La raíz de vez en cuando cede su lugar
Un hombre seduce desde su estable comunidad
La roca soporta lo que la daña
y ella intacta, arisca
vive la presencia de los años
que al marcharse prosiguen
envueltos en otra distinta norma de fortaleza

Encontrar el anhelo
es hallar la silueta
de los cuatro puntos balanceados de la memoria
en el momento en que le fue suya
el ascenso de un mar
sobre el rostro de un instante
donde antes hubo un ave
y una calma embelesados

La hora crece de abajo hacia arriba
de arriba hacia abajo
El atardecer rueda
dejando a los extremos desaparecer
para que la lejanía se haga honda
suave, leve
y dulcemente interminable
convoque a la cavidad del original y primer estallido
Después los ojos entran en el río
se reconocen como gemelos
dentro de aquellos peldaños de la corriente
que cargan la fragancia de una habitación cerrada
con la página rota
rozando el hueco del quicio

Hacia un lado la casa
La llave no se desprende
ni hacia dentro ni hacia fuera
posee un centro y una prolongación
Las huellas alrededor
nunca crecieron, ni calentaron
al mendigo, al desvalido
Huellas perdidas en el segundo de cada sol
al convencerse de que el ahí
es el ahí
de algún distinto ahí
en pendiente o hacia arriba
o nunca más
Las huellas, iguales a la llave, a la casa
¿Qué pueden emprender si donde viven
es dentro de la intermitencia del grillo
imposible de acallar
porque nunca concluye de pronunciar
sus recuentos de sacudidas, entradas, salidas
desplomes, acaparamiento?

El brillo no tiene forma
Si lo buscamos en las aguas
encontramos una sonoridad de fogata junto al sillón
cercano a un libro abierto
semejante al cielo sobre los viñedos
de un vino azul buscado por los labios
saboreando sin comprender
la desaparición de aquel instante azul
nunca más vivo en ningún lugar azul
de lo arriba, abajo, cielos, hombre
El otro
aquel que vive en las horas
te está mirando
desde su asiento de águila
que abre, empuja
su propio espejo de aguas por saltar

La mano recibe la caída de las hojas
en el momento en que el atardecer cambia
La boca se resguarda de las grutas que no abren
La voz alcanza figura de cuenco
junto a las cimas que se acercan
El corazón reconoce en el eco
el décimo panal grande de las esferas

¿Es el instante igual a un túnel?
Nadie responde
Están los pájaros, los frutos, las heridas
Es cuando al final del túnel
alumbra una transparencia cristalina, tejedora
como la de Andrómeda en su giratoria permanencia
de neblinosa piel combatiente

Sobre las aguas blancas de la desaparición

La hoja hundida en la acera
es siembra directa hacia lo que estamos transitando

Asir lo real
propio y original
hasta quedarnos entre el viento, la soledad
y ese sabor de aguas
nacidas en el corazón
tal cual si las brisas de un día
ayer
y otro día más
hoy
fueran el mismo río
aquel otro de la sangre, la tez
con los ojos suaves
dulcemente
siguiendo el cambio

Confidencia
si el corazón se acerca a otro
y escucha un golpe muy semejante
al suyo propio
El corazón
atraído por vínculos anteriores
rememora aquel amanecer
que le entregó la granja
con los meandros y las orillas
donde otear el descenso del cuerpo
frente al sol del alambrado
y junto a las manos envueltas
en la brisa de la abeja que no pudimos sujetar

El tiempo y su copa de cargas
llena de redondas cosechas nuestras
como el viento al recorrer las llanuras desoladas
Se desconoce el instante
en que el rostro ha de huir
y el ave se internará
entre las aguas blancas de la desaparición

Para la sombra el fuego reduce los caminos
el hombre los recorre
hasta encontrar aquel espacio
de rosa blanca sobre la tinta del libro
enlazado a otra sombra lejana
que, sin presión alguna
penetra en los hongos oscuros de los destinos

No se aleja el mar
de su cavidad primera, abismal
El hombre ama lo redondo de la faz
con las sombras siguiéndolo
El fruto vive
dentro del estambre húmedo del ciclo
semejante a ese cedro inseparable de la sangre
con el que algún día
entraremos al diluirse el cuerpo
para saltar dentro del oscuro precipicio de la desaparición

En la encarnada reja de los surcos
el esplendor de un sol igualmente prendido
a la irrefrenable hilada de la muerte
El amor va, toca, sigue
hasta que la raíz emerge si alguien camina
tras la planta del ave
en busca de cascadas boscosas, robles robustos
sin conocer los dinteles inaprehensibles
de la última profundidad
velozmente ocurriendo ya y completa

Los espacios, los aires, el cuerpo
no eliminan el cosmos
La luz tiembla
Ciudad
Lechos
Las hojas del libro resbalan
se cierran dentro del día
desaparecen en la dureza de la noche
El fin depende del instante
dentro del hilo asequible
de la palabra muerte
y la palabra río

El hombre recoge su sombra
la coloca donde la tierra sostiene sus moradas
sin espantar las abejas
ni codiciar escudos, blasones
Sobre el horizonte, la soledad:
terrón que no se doblega
porque el ave va siempre hacia arriba
buscando su lugar de origen
El alma en cambio
entra en la blancura de aquel azul
con la puerta de la hortensia última

La muerte:
piedra que al traspasarnos se lleva consigo
las inseparables aguas del río que somos

La voz no habla
Vive en la colmena de las aguas
entregando su gran ala intocable
que brotó de las manos
cuando no pudieron más
¿Caja de los días
después de abierto su aroma de río?

La taza de los comienzos

El fruto al descender
arrastra el rastro del origen
La mano nunca se aleja de aquella otra piel
igualmente suave, como de hierba

Mas
la tierra es el bulbo
que nutre el brillo de los gestos
de las pieles, de las miradas
lo único incesante, original
de su propio fuego
frente al caos

Si cavamos llegamos a un fin de cuerpo
a un fin de olvidos
secreto inalterable que recogemos
después de dejar atrás las herencias de los palacios
las moras cultivadas de los héroes
la dulzura que un día le ofrecimos al amigo
el más terso azul de los espacios
Si abrimos el terrón
encontramos un límite
el de nuestras manos buscando dónde comienza
el principio imperceptible
del fulgurante inmenso oro-azul
Indagación que nunca se detiene
pertenece al río de los oídos
en su encuentro con la vida
y el último brillo de las distancias

Y por el río marcamos
los hilos interminables de los bosques
de los hombres
en sus comienzos, finales y equivocaciones
de lobos creyentes, o incrédulos
Y con el río las manos señalan
el vacío de la piel dormida
junto al compacto y lejano enjambre de areniscas
grifos, máquinas, paladines

En la oscuridad del río
el tiempo de un fruto
con la cascada del almíbar
y la puerta doble del Edén
En la oscuridad del río
el río del empeño
para la seguridad de la casa
que vigila el candor fresco de las lajas
y la nítida guía de la tensión
En la oscuridad del río
el rigor de los hornos
la paciencia húmeda del secreto
la oscilación de un ir
hacia el ocre rojo del retorno
En la oscuridad del río
lo que es para las manos, para los hombres
entre las tiñas aceradas
y el tejar primario de las escuelas
En la oscuridad del río
la carga del fuego
los cornos que anuncian el golpe del fin
y la plenitud de un brocal
dentro de su guerrera quilla diluida
En la oscuridad del río
el río del furor
la vendimia de rostros escarpados
buscando la dulzura blanquecina de las distancias
En la oscuridad del río
el río de los metales giratorios, míticos
junto a miradas enterradas entre redes, radas
y escalones desolados
con porciones viejas, de perros, lodo, zanjones
En la oscuridad del río

las pupilas
que recorren los velos, las carencias
de próximas variantes, mudanzas y ya
En la oscuridad del río
la taza de los comienzos
la mudez de lo lejano, cercano
el esplendor de los pinos siempre en pos
de un luego arriba y seguir
En la oscuridad del río
el desván de la calma
y la luz ennegreciendo
junto a las ranuras largas de los cobres
En la oscuridad del río
la sombra del peso
la carga de la paz
y el recinto inédito
del rigor preciso de la palabra:
tejido de la red inicial, primaria
de la primera frase
y el primer asombro del hallazgo
de nombre río

El tiempo es un hilo

Aguas que bordean y se agilizan
si la mano encuentra
la piel plena de una otra mano
de un otro rostro
de una otra brisa
levantando la tierra
blancamente suave de cada atardecer

La hoja en el viento sigue al viento
lo inseparable, real, en la elipse y la ciudad
La lluvia en la superficie de los extremos
Superficie:
verdoso verdor reflejándose sobre la piel
y en la elevación de una columna
hasta internarse en el orbe estallante
de lo móvil inmóvil
dentro y fuera de las aguas
El río asoma y no es sombra

En la orilla el enjambre quebradizo
y el manso orgullo
de una comunidad demasiado lenta
para reducir las cimas
Los pasos ahí
no desisten del arraigo y lo notorio
El tiempo entra en la tierra
riqueza ascendente para los hallazgos diarios
El aire en las hojas
sobre el fondo último del crepúsculo

Ángeles opacos en la extensión
reflejos azules de un arriba
igualmente azul sobre las aguas
La tarde, el día
Las huellas esperan la oscuridad
El oro tiene una piel extraña como de sable

No hay paz si falta el amanecer
Hay calma si la raíz llega
La lluvia de ahora es lo que antes fue corola
Una campana retumba
para que la ciudad recuerde el río
El hombre ama
vive la lentitud y la precipitación
La inmensidad nunca se le aparta
lo abarca, lo empuja, lo ata
a los estambres múltiples, finitos
de lo infinito mismo

Y si abrimos el terrón
encontramos la ventisca
donde el círculo
es el latido original del alumbramiento
La carga del brillo es igual
al transitorio fulgor del atardecer

El día no le impide a la tarde convivir
es un muro que crece
dobla su página
guarda su gaveta
ninguna astilla queda afuera

Camino de mil precipicios es el siglo
la hora es sangre de otra hora anterior, ajena
que regresa al entrar el día y concluir la noche
Nacen la nube, el niño
la marejada, la puerta que se abre y se cierra

El goce recrea sus auras novedosas
La claridad reverdece
olfatea lo puro de la inercia
lo mínimo de lo inmenso
La serenidad, el silencio
se buscan, se encuentran
dentro del instante de ese río
donde los ojos aran la raíz del gajo alimenticio
¿Y lo luminoso?
Hacia dentro, hacia fuera
En tanto la inmensidad cede sus linderos
para que prosiga el goce de la vida
y los hombres agilicen lo denso
lo corto, lo cerrado
aun la brisa que abre
los espacios íntimos
de la voz en canto-sol-libre

Y
siempre el río
siempre el amor del agua
siempre la corriente
El tiempo es un hilo
que nunca deja de tejer
el hilo comenzado
el hilo andante
el hilo huido
el hilo de la inmensidad
Así el río en la casa de la palabra

La palabra está en la casa

En la negrura que modela el hondo aquí
comienza el cómo del río:
puerta de la casa
donde el hombre siembra sus días
y la palabra brota
a través de las incesantes espumas de las corrientes

La mano siente la pasión de la tierra
La mirada reconoce en el celaje del fin
la aparición de lo imposible
El alma apresa el silencio de la entraña
y se anticipa a las sorpresas distantes
El oído se adelanta
El perfil sujeta la piel de los cielos
No hay retorno para el hombre
que solamente es él
Alguien sabe de su albergue
en el río que lo respalda
Nunca la casa se alejará de la corriente
y jamás el río será de una sola margen

La casa sirve de viaje por el río
recoge la noche
guarda el día
y retiene en el dintel
la corriente que la hace tibia, circular

La palabra entra en las espumas de la casa
La mujer con las aguas que blanquean la redondez
El hombre en el pórtico
El faro igual a la casa misma que está en el río

La palabra está en la casa
La espuma la transborda
alguien la escucha y encuentra aquel otro hombre
con espejos maleables, hondos
entre la puerta y las distancias de las orillas

La casa dispone del dintel
El dintel de la ribera
con la raíz, la amplitud
y las huellas que se expanden
Un niño se ha ido con el espacio
regresa a la puerta, dentro del río
Su retiro fue pasajero
El río nunca se nos desprende:
goce de infinita paz
para el canto y la prolongación

El río empuja la flor de mano
EL amor hace cálidas a las paredes
entre las puertas de las espumas
La mujer, su voz
su siembra de uvas
su dolor de corrientes
sus senos de cuencas, caminos

Una resonancia de brisas
emprende la jornada del día
La casa escoge el pórtico
de la primera palabra intacta
y empieza el diálogo
a lanzar sus velos de amor, luna, sol

Se entrega el pan
si las espumas ofrecen
el quicio del asiento
y la casa se abre
en perfume de raíz fresca
para la entrada
del recogimiento íntimo y callado

Y si descubrimos que en la casa del río
los guijarros conservan
los colores flotantes de los montes
El niño llama al río
y se calienta

El silencio es el tope del río
El canto, vuelo del círculo imaginario
El hombre traza su comienzo y su continuidad:
días de agasajos
para el seguro bienestar del fin
La palabra se desenvuelve
El río es sigiloso
La casa tejido de hilos
con la fruta en el alfeizar

Como nos inunda
y traspasa las estancias del alma
nos es dado mantener la vida
la palabra, el amor
Y porque se desborda
y trasciende los filos de la sangre
de la luz, la ciudad
la huella retiene su carnada legendaria
los torreones mantienen la chispa del holocausto
y el hombre arroja sus armas hacia los cielos
creciendo entre el blanco sol de las aguas
y el dulce alargamiento de alas
bajo la niebla blanca de la mudez herida

Para el poder,
la sangre del eslabón oscuramente sorprendido
y aquella labia gigantesca
que subasta las heridas
de cada prístina ingenuidad
Para el poder, el llanto, la desolación
El almíbar y la casa
están en los peldaños del río
donde a la nada
nada se le opone
porque ningún sesgo, filo, mascadura
ningún término de piel ni certidumbre
se contradicen en las aguas de la corriente
La salvación nos llega desde allí
nunca en deuda ni planos que obtener
Es el río con la ribera de tu casa

Hasta dejarlo en la raíz

Un rasgo inagotable
y emanan los mil donde
de lo abierto, afuera, luz
¿Amanecer, anochecer?
En el río, él en ascenso, descenso
entre las cortaduras que dejan los bultos de la opresión
y el encendido derroche de las eras
junto al pie somnoliento
de la palabra, árbol, pájaro

Rozan los espacios
Y se acercan los dominios
Rozan las savias
y aparecen las cordilleras
Rozan los océanos
y aumentan los vínculos
La raigambre del ensimismamiento
se halla lejos del contacto
El hombre precisa de las divisiones
EL orgullo es de la raíz

Fácil asir el brillo
rozar la piel
sujetar el aire
Cómodo
permanecer lejos del llanto
Difícil descubrir lo requerido
y resguardarlo dentro de la tierra del alma
Nunca más habrá lejanías
será nuestra la ruta el ala
la gigantesca curva del río
y su virtual palpito irrompible:
rayo entre el peñasco blanco de las aguas

La palabra es abundancia de formas:
emanación de aguas cocidas
en el blanco corazón flotando
dentro del fluir efervescente de los siglos

Asoma el ave
el horizonte se extiende
es un péndulo de calma y compostura
mas, una señal basta
para sentir el río
en la tierra del ave que va lejos

Lo que llega en el ala
ha de vigilarse
El ala es aquel rostro del camino
hacia el silencio del río

Ahí la voz, la bahía
unidos al rango último de la choza
con la escardilla roja
igual a la de toda lumbré
entre los lejanos pinos del recuerdo
Mas el sonido batiente de las lejanías
nos remite
a la primera palabra muda del agua
en su liviana transparencia de niebla
sin la cumbre de la montaña oscurecida

En la piel lo interminable
El instante es asombro imposible de fijar
En la voz los secretos de algún pueblo desaparecido
y en la letra la presencia de un perfil antiguo

La cripta, el pedestal
se entrelazan en la imagen de las voces
La palabra del río
en lo sutil de la paz
y la lúcida afirmación
La palabra inscribe la quietud de las formas
y ella entonces se colma
igual a una rada dentro del sol

La primera daga
El primer gesto
EL primer mástil
¿Nacieron dentro de las umbrosas covachas del desamparo?
El río traspasa las alboradas, la luz, el astro
le da vuelta al árbol
hasta dejarlo en la raíz

Se disuelve lo sediento en la luz
aun en la confusión de una hoja
tras de aquella otra yendo
sin selección de polos
entre tanto la ciudad recibe el advenimiento azul
de una fe aclarando el descalabro

Líneas divisorias
señalan el ascenso de los aires
Rayas extendidas
muestran el traspaso hacia la noche
El río deja libre a la palabra
decidir, fijar
hasta entregar una historia nunca antes escuchada
Se forja un mito, un cuento, una carta:
fuego de altares, liturgias, sepulcros
presencias inseparables
en la flotante comunidad

La cima es de la grupa
La palabra no es lo mismo que el viento
El viento pasa, se pierde
dentro de los rayos del carbón y la ceniza
La palabra, la raíz
La voz llega a la medida del pensamiento
El vacío sube con su oscura cavidad
de concentrada mancha abismal

El mar actúa
La pradera resuena
Los labios preguntan
La mujer responde
y se llenan los esteros
y se abarrotan los mercados
mientras la palabra
igual a una nube en la distancia
va eligiendo uno a uno
los fragmentos hábiles de la agitación íntima

Hay una red cargada de anchuras y sabores
Tarea hecha por las manos de los hombres
semejante a aquellos
que tienden su angustia
hasta exigirle a aquel mar de movilidad y entregas
lo requerido, urgente, ya
La mano desciende
¿Cuál fondo asir?
En el viento, los relatos de la antinomia
entre las notas ágiles del horizonte
y la certeza viva
de un caos largo, ancho, abismal
inaprehensiblemente yendo, descendiendo

Frente al árbol
dentro de la casa
el lenguaje del sol, del viento
de la hora y la hormiga
A la imagen la mantiene
el anillo de una franja asida a un portal
y unas hojas que en desbandada
atraviesan las almenas de los reinados
Así se asienta la metáfora
en la campana roja de rojo corazón oculto
bajo la piel del oro azul relampagueante

Pasa la palabra al día, al año, a la luna
y ningún obstáculo interviene
para que no se construya
la ciudad de los ríos y los mares
con los árboles y los hombres sobre la greda
entre el espacio cóncavo y andante
donde la luz va y no retrocede
¿Huye de algún cazador
en busca de fortalezas si fin alguno?
¿Lenguaje del río hondo, aquí
que nos deja ser y morir?
¿Lenguaje entrañable, silencioso
en cantidad y cuenta?

La callada cruz de las aguas

Si nos tocamos la frente
¿qué árbol apunta
en el vaciado interno del pensamiento?
Y si nos palpamos las mejillas
¿qué río rozamos
que no sea aquel
donde los opuestos no existen?

Hallazgo la mirada
entre los dólmenes del acantilado
y esa calma de silencio intacto
tan necesaria para la conciliación de los dobles

Si se vierten los extremos
es por que la nube pasa
y el árbol prosigue
Y si se miran
la lluvia llegará
y un vaho neblinoso
enlazará la hoja con la mirada
ya envuelta en lo múltiple de la lluvia cayendo

Si miramos desde el río
crecen los oros de los hilos
y en la imagen se alarga
el extendido mural
de las vinculaciones
el rastro de una rúbrica
felizmente inagotable

La luz recoge la orfebrería del arenal
y en los espacios
se extiende
la hondonada unida a sus extremos
¿Y el centro?
Marejada que se interna en las desembocaduras
y retorna de nuevo
donde costa y límite
viven lo inseparable del río:
arco que no miran las pupilas
si los colores de la fauna, el caracol, la medida
nos poseen por completo
en su completa redondez de ave
azuladamente refulgente

La voz igual al campo, al árbol
El agua tendida
para que el durazno se haga casta
y la cascada pajar de esperas y cantores
Señales del río pleno
en el sesgo vibratorio
de una hoja sobre la distancia
y de un pájaro rayando
el foco último del anochecer
Guía de las pupilas
que entran en la inmensidad

La nube y el conejo
blanquean la carpa tendida de las riberas
El pensamiento llega
abre la callada cruz de las aguas
y un río de aves irrumpe
Son las raíces de la hondura
brotando en larga marcha hacia las pupilas
La palabra hace de los opuestos
el puente de las embarcaciones

El anillo es lo justo de las raíces
y de las aguas que resguardan
Las distancias se injertan
donde el sol crece
y los límites se juntan
a la sombra de los arenales
Mas
un hombre en la corriente es marco
para la multiplicación de las diferencias

La mirada toca la fragua, la lija
y sin arrancarlos de sus lares
los deja allí
ahí nacieron, ahí siguen siendo
cada vez que la voz
los coloca dentro del alma
donde viven una redondez
semejante a la de los océanos
al recibir la luna
caer silencios
y emerger blancuras
Un rostro descubre el horizonte
entre la costa del paisaje
se deshacen los espacios

Desamparo
no sentir ninguna piel
ni saber hacia cuál lado
huyeron los límites
Roto lo más íntimo del alma
se extiende el cobertizo de la oscuridad
El desamparo
llevando consigo
el tiempo de la soledad
aun requiere recobrar la casa
las sillas que alfombraron
el lecho que el sol hizo más blanco
Es cuando el amor regresa a las pupilas
cada vez más pupilas
para el vínculo con la vivencia y la palabra:
hilo blanco de un nombre
que nunca rechazará
algún otro nombre
de diferente hilo blanco

La mano del hombre recoge
los vidrios rosas de los caminos
y jamás un gajo será solo
lo conoce aquel rayo azul de la intemperie
que al cruzar la luna
se internó
entre las copas verdes, blancas de las cimas
Fácil el arraigo, el desarraigo
Portentoso el río
de los muchos ríos que se insertan
y no hay escapatoria
El río se nos va haciendo
doblemente doble
en cielo, tierra, conmigo,
contigo, con el otro
esperando la cascada azul
de los azules rebaños parlanchines:
lanzas de arenas y paz de pasto.

El río está
y sin cesar río
para esa ave de ensueño vuelo
dócil, seductora
entre las páginas oscuras
de todas las páginas escritas
y junto a un sol emanando
hacia el bláncor huidizo de las distancias
del caracol
las calas
el maderaje

La rasgadura abierta de la pasión
La sangre enterrándose en la montaña
busca el sol, el aire
y nace el vínculo
El amanecer, el anochecer
inseparables
en los cetros reflejos de sus menudencias
Entre la hoja sigue la figura del árbol

Las manos
sobre el camino de los designios
abriendo el prolongado gusto de las ciudades
y las ciudades reteniendo
la semilla del río
en su sonoridad de cristalinas rutas ambivalentes

Desaparecen los espacios
al caer la luna sobre el suelo
y seguir el caracol a la neblina
Atadura imperceptible
en tanto el mundo y las aguas
sigan siendo
el más verás de los asientos

La rosa cierra sus oleajes
y queda en el espacio
la precisa nota del despertar sonoro:
voz
de espejos que refresca
la zanja agazapada
de la herida solitaria
No siempre en la soledad
se escucha
lo silente del río
mas la palabra entra en la bahía del alma
con el fondo dentro
de la quilla azul del relámpago

El espacio vivo del corazón
el espacio
ese
aquél
el otro
de la callada cavidad lenta, veloz
El espacio
aquí
ahí
allá
en las aguas de cascada fresca
resbalando hacia lo lejos:
flor en busca del crecimiento suave de las márgenes

Difícil conocer lo íntimo, nuestro
El hombre es resistencia
mas el río nunca se nos distancia
y un día
la mirada sujetará
la primera tanda de los moluscos
la primera señal de la garra y el zarpazo
y nacerá de nuevo aquella palabra
perdida entre muros y arcabuces
y emergerá la tierra
la del gesto, la del adiós
la del esfuerzo y la constancia
aun la de las miradas ansiosas
de lo otro tuyo, mío, de aquél
que nos impulsa
hacia las fragancias del sándalo
hacia los estuarios de las redes y las ruelas
hacia los borbotones azulados de los manantiales
Precipicios, pueblos, fronteras
dejan de ser contrarios
si viven
desde la hondura del río:
silencio de rosas
que nacen
como las abejas
entre los atardeceres fáciles de las sorpresas

Y cada hombre del río hondo, siempre, aquí: Ser

Clara la hoja
Oscuro el barro
Limpia la ribera
Abierto el corazón
La corriente genera
y los hilos empiezan
lo asombroso luego

Porque las pupilas miran
y el pensamiento se eleva
en lo elevado de las corrientes
al hombre le es dado seguir
el hilo de un oro, luz, sombra
que por sobre el cuerpo pasa
hasta lo hunde
y lo retorna
El río...

Si los hilos no tejieran los oquedales
la selva, la negrura, las ciudades
¿Cómo sabríamos del momento
en que el cuerpo empezó a enhebrar una edad
otra edad
y las pupilas se unieron al cielo
par atisbar
lo más íntimo del río?

Si miramos hacia sus aguas
cómo entonces escuchamos al primer hombre
la primera hoja que sobre la tierra
regresa en cada amanecer
Dentro del río
crece el oro azul de los hilos
y permanecen fuego, dátil
columpio con un niño
de encaramada sombra blanca

Hilos dobles los de la voz
al asir aquel tejido de los rumbos
entre la arboleda que el viento retira
y el ave que se dirige
hacia las aguas de los cristales alados

Partículas domesticadas honran lo contable
El río deja libre
el curso de las raíces, de la corriente
La mirada, la palabra eligen
hablan de jilgueros, brechas
de trincheras, rodajes
de virajes, planos altos en ascensos y caídas
Pasión esta que anuda el desván de la angustia
la intuición de los oráculos
el cálculo de la sentencia
la tiara de los humildes

El hilo de los pajonales y las zanjas
entre las ranuras de las tejas
los aleros que concluyen en las sombras
y el samán que sutura lo lejano

El hilo oro de las ruedas y las anclas
en los hilos azules de viajeros y navegantes
para tejer un hondamente allá, encaramado
o poco, o mucho
sin un después dónde colocar la aguja
y por consiguiente la hilada

El hilo de la hoja
El hilo del sueño
El hilo de la piel
El silencio puro de las cimas
El hilo de lo débil
El hilo de lo dulce
El hilo del ave
El vacío móvil de los valles
El hilo de la sangre
El hilo de la luz
El hilo de los valles
El abultamiento de los siglos
El almíbar de una campana
que nunca dejará de sonar
Y el hilo de los hombres
entre las casas, las calendas
entre las penumbras y una laja blanca
como la del alba para el amanecer
junto al pesebre pálidamente transformándose

Ruedan los hilos
entre las jarras repartidas
y esa brújula
que no se apartó de su comienzo
Los hilos hilan
el carmín de los hemisferios
el archipiélago de los hambrientos
y si un hombre se encorva más que el mismo oleaje
ni pierde el rostro
ni se le van los pies
El hilo que hila el relámpago
recoge las menudencias
del que duerme
y despierta junto a la hebra azul
que lo sigue hasta tenerlo sólo para sí

Los hombres hilan los desfiladeros
los aledaños
aun los montículos desolados
sin engarzar ese río tan cercano
tan tuyo, tan mío
sobre el que van los pasos
unidos a las vacilaciones repentinas de los reflejos
sobre aquellas otras aguas
pertenecientes al contacto y al amor

La piel de lo lejano
es presencia de un azul cercano
y más para los hilos de la mujer que escucha
aun para los hilos del andar de aquellos hombres
que afincan los faros de los hábitos y las costumbres

Olvido si el hilo se parte
y el vacío interno de la tierra
recibe las cargas de las pieles
Al faro del recuerdo
lo chupan las hierbas habladoras del ocio
Lejos la voz libre de los aires
en sus silencios y finales

La corteza es una carta
y su palabra la trabazón de los musgos
El río infunde
y las fibras se multiplican
entre las espumas de la corriente
hilando el hilo
que apuntala hasta lo último del principio

Al corazón lo invade lo tormentoso
nunca más podrá alejarse
de ese río
aun para los ríos donde se reparten las casas
y la huella queda en hilo irrompible, inquebrantable
más liviana e intemporal

Y como los hilos no se detienen
se alargan las cruces, las represas
las tortugas, las conchas
hasta que se curvan
bajo el puente donde los hilos
se ensartan a la voz, al corazón
y a cada hombre del río hondo
aquí, nuestro: Ser

El río hondo aquí
al dejar enhebrar a las aguas
los linderos
las certezas
aun los asaltos y los grises cambios
¿se asemeja acaso
al viaje de Ulises al anclar
y alcanzar los hilos indetenibles
tejidos por Penélope?

Índice

<i>Donde las pupilas entran</i>	13
<i>Del siempre silencioso margen</i>	27
<i>La extensión es el alma del silencio</i>	39
<i>Un peldaño y el amanecer crece</i>	47
<i>Los dinteles abiertos en la profundidad</i>	65
<i>El blanco levantamiento de la corriente</i>	71
<i>Lo fértil de lo pasajero</i>	99
<i>El ruido de la miel</i>	115
<i>Del claro alargamiento de la luz</i>	141
<i>Silencio que nunca se contempla</i>	159
<i>Y prosigue en lo alto</i>	169
<i>¡Ah del árbol que nunca regresa!</i>	183
<i>Sobre las aguas blancas de la desaparición</i>	197
<i>La taza de los comienzos</i>	211
<i>El tiempo es un hilo</i>	219
<i>La palabra está en la casa</i>	231
<i>Hasta dejarlo en la raíz</i>	247
<i>La callada cruz de las aguas</i>	267
<i>Y cada hombre del río hondo, aquí: Ser</i>	287